

*ciencia de la caridad de Jesucristo*, de que habla el Apóstol<sup>1</sup>, con que no poco se acrecentará en nuestras almas el incendio de la caridad y el santo anhelo de todas las virtudes. Admiraréis lo infinito de aquella bondad con que *de tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito, para que todo hombre que crea en Él, no perezca, sino que alcance la vida eterna*<sup>2</sup>. Allí ponderaréis la *altura* de este amor en habernos dado tan supremo don, y para el fin más alto que puede haber, cual es la vida eterna. Veréis asimismo la *profundidad*, por haberle dado á un mundo tan bajo y lleno de maldades, humillándose Dios hasta lo sumo de la humillación en el hecho de tomar nuestras miserias y hacerse cargo de nuestros delitos. Reconoceréis la *anchura* de la caridad divina en haberse dado para bien universal de todos los hombres sin excluir á ninguno<sup>3</sup>, de suerte que baste creer en Él para ser colmados de todos los bienes de que son capaces. Comprenderéis en fin la *longitud*, ó sea la duración sin término, de esta dádiva divina que se dilata y prolonga por una carrera interminable, cual es la vida eterna. ¡Oh caridad infinita de Jesús! ¡Cómo brillas en la oscuridad del Sacramento eucarístico mejor que el astro centellante en las tinieblas de la media noche! ¡Oh misterio de amor incomprendible é inefable! Dáme que pueda yo, tu humilde adorador, imitar las excelencias de tu caridad, amándote con todo mi corazón, espíritu, alma y fuerzas, negándome á mí mismo en todo cuanto me impida este amor, cumpliendo perfectísimamente tu adorable voluntad en cuanto manda y aconseja la ley del amor, extendién-

<sup>1</sup> Eph. 3, 16.      <sup>2</sup> Io. 3, 16.

<sup>3</sup> Ut omnis qui credit in eum, etc. (I. c.).

dome á amar á todos mis prójimos, sin distinción de amigos y enemigos, y perseverando en esta disposición hasta el fin de mi vida, para continuar amándote, alabándote y adorándote por toda la eternidad en tu bienaventuranza<sup>1</sup>. Así sea.

### SERMÓN NOVENO

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1896).

#### La sagrada Eucaristía y la unidad de la Iglesia.

Quoniam unus panis, unum corpus multi sumus, omnes qui de uno pane participamus.

Como quiera que el Pan es uno solo, un solo cuerpo somos todos cuantos de ese Pan participamos.

I Cor. 10, 17.

1. No sin misterio, amados fieles, dispuso Jesucristo nuestro Señor que las especies eucarísticas estuviesen formadas de muchas uvas y de muchos granos de trigo reducidos á un solo cuerpo de pan y de vino, porque, como discurren los ascéticos, y en cuenta algunos Padres de la Iglesia<sup>2</sup>, uno de los principales efectos del Sacramento es juntar y reducir á uno los innumerables fieles que de él se alimentan, por donde no sólo produce esta unión, sino que también la significa y representa maravillosamente. De aquí es que, siguiendo la idea del Apóstol, exclama el Padre San Agustín: *¡Oh Sacramento henchido de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad!*<sup>3</sup> Muchos somos, en verdad, los lla-

<sup>1</sup> La Puente, Guía espir. t. II, tr. 3, cap. 7.

<sup>2</sup> S. Augustinus, tr. 26 in Io. n. 17.

<sup>3</sup> O sacramentum pietatis, signum unitatis, vinculum caritatis! (S. Aug., tr. 26 in Io.)



mados por la vocación cristiana á formar este cuerpo moral ó místico, cuya cabeza no es otra que el mismo Hijo de Dios, encarnado para encabezar y guiar la humanidad á sus altos destinos; pero una sola y magnífica es la figura de la santa Iglesia, una esencialmente, como formada, no de una ó algunas fracciones de la familia humana, sino de la humanidad entera, no de muchas, sino de una sola cabeza, Jesucristo, y si bien de muchos miembros, materialmente distintos, de un solo cuerpo divinamente organizado. ¿Dónde cabe, pues, en la institución de Cristo esa monstruosa multitud de sectas verdaderamente heréticas, esto es, separadas, así unas de otras, como todas ellas del verdadero centro de unidad, y por eso mismo muertas y entregadas á la descomposición? ¿Cómo pueden los que se dicen secuaces de la doctrina del Salvador no comprender lo absurdo de esa pluralidad de iglesias ó comuniones, cristianas todas, y hondamente divididas entre sí por diversidad de credos, ritos é intereses? Y, á pesar de tanta luz, hermanos carísimos, hoy es el día en que se empeñan los sectarios en acreditar su predicación entre los pueblos católicos, sembrando con fanático ardor por todas partes doctrinas dissociadoras y funestas. ¡Y hay almas tan ciegas que se dejan sorprender por los embustes y engaños de la secta protestante y sus afines!

2. Para estrechar, pues, más y más cada día nuestras filas, piadosos católicos que tan de corazón adoráis á Jesucristo Señor nuestro en el trono del altar, agolpándoos en sus templos, á fin de solemnizar esta grande Oración de Cuarenta Horas, fijad hoy la consideración en el augusto Sacramento como *centro de unidad cristiana*, según las palabras del Apóstol á los fieles de la primitiva Iglesia: *Como quiera que el Pan de nuestras*

*almas es uno solo, un solo cuerpo somos también todos los que de él participamos*<sup>1</sup>. De donde debéis inferir que la fe en la Eucaristía es la piedra de toque de los verdaderos fieles, de suerte que el que no cree en el Sacramento del altar, no sólo no es católico, pero ni cristiano siquiera, por más que otra cosa diga; ese tal no pertenece á Jesucristo, y debe tenerse por étnico y publicano. Porque, como paso en seguida á demostraros con sencillos é irrefutables razonamientos, toda la unidad religiosa está vinculada á la Eucaristía: 1º la *unidad de fe*, ó de espíritus; 2º la de *caridad*, ó de corazones. Siendo un cuerpo solo, claro es que no podemos tener sino una sola cabeza para opinar, y un solo corazón para amar, lo cual es imposible si no reconocemos á Jesucristo realmente presente en el altar. Imploramos, etc.

## I.

3. Según el sentido claro y manifiesto de las palabras del Apóstol que acabáis de oír<sup>2</sup>, la razón de ser todos un solo cuerpo, es la participación de un mismo Pan: *Unum corpus sumus, qui de uno pane participamus*. ¿Cómo, pues, pretenden estar en el cuerpo de la verdadera Iglesia, ó ser cristianos, que tanto vale, los que por incredulidad sectaria no participan realmente de este Pan divino? ¿Cómo han de ser miembros de Jesucristo los que niegan la realidad de su presencia en la sagrada Eucaristía, y de este modo, aunque en alguna forma aparenten participar del Pan que dió el Salvador á sus discípulos la noche de la Cena, desvirtúan en hecho de verdad la naturaleza divina de la Comunión, no creyendo recibir al mismo Cristo, sino un símbolo, una mera figura

<sup>1</sup> L. c. supra.<sup>2</sup> 1 Cor. 10, 17.



de su cuerpo y sangre? ¿Es éste *el Pan* de que habla San Pablo, el admirable maestro del Dogma de la Eucaristía, cuya doctrina<sup>1</sup> conserva fielmente la Iglesia católica? No por cierto, amados míos: San Pablo habla expresa y claramente de la Cena del Señor, esto es, de aquella mesa en la cual se come aquel mismo Cuerpo de Jesucristo que fué entregado á la muerte por nosotros, no la sombra ó apariencia de ese cuerpo; en la cual se bebe la misma Sangre derramada, no en figura, sino á torrentes en el leño de la cruz; y de ahí que sea tan horrendo el sacrilegio de quien come y bebe indignamente el verdadero Cuerpo y Sangre del Señor, de cuya muerte se hace reo<sup>2</sup>. Ésta es la doctrina del Apóstol, la que él aprendió de Jesucristo, según él mismo lo asegura; y doctrinas diferentes, basadas en interpretaciones arbitrarias y evidentemente falsas, no son sino inventos del espíritu de la mentira para la perdición de los hombres. Tales son las doctrinas de todos los herejes llamados sacramentarios: tales son las falsas enseñanzas de Lutero, Calvino y demás corifeos del protestantismo. Queda, pues, fuera de duda, por este único y sencillísimo argumento, que sólo forman el cuerpo místico de Jesucristo y pertenecen á la verdadera Iglesia, los que participan del verdadero Pan de Cristo, los católicos, que le reciben en la sagrada Mesa. Los demás se quedan fuera<sup>3</sup>.

4. En vano tratarán de engañar á los sencillos é incautos alegando que ellos también participan del Pan celestial que significa, no el Cuerpo real, sino la doctrina de Cristo, puesto caso que ellos creen en el mismo

<sup>1</sup> I Cor. II per totum.

<sup>2</sup> I Cor. II, 27.

<sup>3</sup> Foris canes (Apoc. 22, 15).

Dios y adoran al mismo Salvador, en cuyos méritos fincan la esperanza de la salvación, y cuyas puras máximas les sirven de regla de conducta. Así hablan los herejes de todos los tiempos, de los cuales yo os diré con el Evangelista San Juan: *Guardaos de creerles... Todo el que divide á Jesucristo*, no reconociendo en una sola persona las dos naturalezas divina y humana, *no tiene el espíritu de Dios, miente y engaña*<sup>1</sup>, *es anticristo y falso profeta*. El Pan celestial de que hemos de alimentarnos no es solamente la doctrina de Jesús, sino también, y hablando propiamente, su verdadera carne, según aquellas palabras: *El pan que yo daré es mi carne inmolada por la vida del mundo*<sup>2</sup>. Pero aun concediendo que ese Pan divino no fuese más que la doctrina de salvación enseñada por el Maestro bajado del cielo, el hereje ó incrédulo que no confiesa y adora la presencia real de Cristo en la Eucaristía, no participa en manera alguna del Pan celestial de las almas, porque no posee la fe ni la caridad de Cristo, que es la fe de la Iglesia católica y la caridad cristiana. Vais á verlo. La fe de Cristo es una sola, conforme á aquel admirable epítonema del Apóstol: *Un solo Dios, una sola fe, un solo bautismo*<sup>3</sup>. Y ¿por qué es una? Porque forma un solo cuerpo de creencias, porque no hay más que un *Credo*, al cual debe asentir por entero y sin excepción de ninguno de sus artículos, la razón humana sometida al yugo de la palabra infalible de Dios, dueño y señor de todo entendimiento. Luego basta rehusar el asenso á un solo dogma, verbigracia al de la presencia real, para romper la unidad de la fe, para perderla enteramente, y ser del número de los paganos. Y que sea la

<sup>1</sup> I Io. 4, 3.

<sup>2</sup> Io. 6, 52.

<sup>3</sup> Eph. 4, 5.



presencia real uno de los artículos del Credo cristiano lo demuestran suficientemente, además de las definiciones de la Iglesia<sup>1</sup>, las clarísimas palabras antes aducidas del Apóstol San Pablo, por no hacer mérito de todas las demás autoridades de la Sagrada Escritura y, lo que es más decisivo, de la tradición divina, que sube hasta el origen del cristianismo, inquebrantable cimiento de todos nuestros dogmas.

5. Con esto solo quedaría bien sentada la proposición de mi discurso en cuanto á la primera parte, ó sea, que la fe en la Eucaristía es vínculo de unidad de creencias, de manera que, aquélla destruída, toda la fe viene á tierra, rota la esencial unidad. Pero hay más, mucho más en la materia de que hablamos. Trátase, en efecto, de un dogma central en el grandioso sistema de los dogmas revelados, de una verdad que, como el sol, ilumina el círculo de todas las verdades desde el centro en que reside; por manera que, apagado ese foco de luz sobrenatural, extenderíase denso manto de tinieblas por todo el firmamento de las verdades religiosas: *He aquí que las tinieblas cubrirían la tierra*, podemos decir con el Profeta<sup>2</sup>, y *la oscuridad envolvería los pueblos*, como en hecho de verdad ha sucedido en las desgraciadas regiones enseñoreadas por el protestantismo. ¡Qué oscuridad en materia religiosa reina allí donde no arde la lámpara del tabernáculo! ¡Qué caos de doctrinas contradictorias, de errores y extravagancias en esos pueblos, por otra parte tan ilustrados en la ciencia de la naturaleza! Pero ¿qué otra cosa podía acaecer á inteligencias entregadas al criterio del libre examen? Negada la verdad de la presencia real de Jesucristo en

<sup>1</sup> Conc. Trid. sess. 13, can. 1.

<sup>2</sup> Is. 60, 2.

el Santísimo Sacramento, y negada sin otro motivo que la dificultad para aceptarla que forzosamente ha de encontrar la razón humana, no apoyada firmemente en la virtud de la palabra divina; ¿qué verdad revelada puede subsistir incontrastable y firme? ¿á cuál de nuestros augustos misterios, todos oscuros é impenetrables á la sola luz de razón, no alcanza la piqueta demoleadora del criterio racionalista? Pues éste y no otro viene á ser el criterio protestante, por más que afecte respetar como baluarte de la fe la santa Biblia, y apele hipócritamente á la letra de las Escrituras. No hay quien deje de comprender el valor que queda á la palabra escrita desde que se la somete á la interpretación privada de cualquier dogmatizante erigido en maestro. Ese valor es ninguno. ¿Cómo creará, por ejemplo, en la Encarnación del Verbo el que no admite, por incomprendible, la presencia real? ¿Es por ventura más fácil de comprenderse ó de explicarse con razones humanas el misterio que San Pablo llama *escondido á todos los siglos*<sup>1</sup>, el mismo del cual dijo Jesucristo que estaba oculto á los sabios y prudentes del mundo, y descubierto á los humildes creyentes<sup>2</sup>? Pues, ¿qué diréis, católicos, del otro oscurísimo abismo de un Dios en tres Personas, piedra de toque en que se prueba la sinceridad de aquella fe que no vacila en admitir lo que á la débil razón parece inadmisibile, una vez que lo abone la autoridad de la palabra de Dios? Si pues — diríamos nosotros á los disidentes — dobláis la arrogante cerviz al yugo suave y honroso de la Palabra divina cuando os propone el misterio de la Trinidad y el de la Encarnación de la segunda Persona en las entrañas virginales

<sup>1</sup> Col. 1, 26.

<sup>2</sup> Matth. 11, 25.